

plaza pública para la edición del 10 de agosto de 1994

¿Inevitable inestabilidad?

miguel ángel granados chapa

La porción más activa, el sector participante de la sociedad mexicana parece enfrentarse a una disyuntiva sin salida fácil: por un lado, se ha extendido el consenso, o la sensación de que el sistema político dio ya de sí, y que debe dejar su sitio a uno nuevo regido por la verdadera contienda entre partidos. Pero, de otra parte, se extiende también el temor ante el cambio. Este último extremo está siendo alentado por la propaganda, tanto partidaria como de agrupaciones civiles, en favor del *statu quo*, de una conformidad que se expresa diciendo que más vale malo por conocido que bueno por conocer.

Me temo que la inestabilidad, ese fantasma que suscita el conservadurismo electoral, es un resultado inevitable de la jornada electoral del 21 de agosto. Es decir, no se producirá ~~sólo si triunfara en la disputa presidencial un candidato de la oposición~~, sino también y acaso con énfasis mayor, si la victoria corresponde al PRI.

Se conjetura, en efecto, que si el partido gubernamental es despedido del Poder Ejecutivo por los votantes, se generarán turbulencias suscitadas por el relevo mismo. En el caso de un triunfo cardenista, se augura un panorama sombrío, concretado sobre todo en la fuga de capitales y el frenamiento de la actividad económica, con oscuras secuelas de descomposición social. El pronóstico ignora que los candidatos de la oposición han formulado ofertas creíbles que implican la continuidad inmediata del proyecto

económico vigente ahora, aunque también han anunciado modulaciones que lo hagan menos gravoso para la sociedad. Y no tiene en cuenta, tampoco, tres factores relativos a la salida de dinero: Primero, que buena parte del numerario que puede emigrar ya lo hizo en los meses recientes, hasta sumar más de un tercio de las reservas de comienzos del año. Segundo, ~~que no tendrían buen puerto~~ ^{que el capital huyó} dónde arribar, pues ya no existen paraísos financieros, y las inversiones se resuelven al son del mal menor, no eligiendo entre lo bueno y lo óptimo. Y tercero, que los capitales se sitúan no sólo en función de que dispongan de un régimen político que se les entregue, sino que también se retiran aunque haya gobiernos favorables al sector privado. Nadie tacharía de estatista al gobierno Balladur, en Francia, y sin embargo la revista Forbes, muy influyente en el mundo financiero, está sugiriendo a los inversionistas que se vayan de ese país, no obstante su política neoliberal como la que más.

En sentido opuesto, puede suscitarse la paradoja de que los votos por la estabilidad redunden en lo contrario. Proponemos una hipótesis al respecto. Puede conjeturarse, en efecto, que si el voto conservador se desliza hacia el PRI y éste triunfa, tal desenlace provocaría movilizaciones de descontento entre la población que haya sufragado en favor de un relevo después de 65 años (o si se quiere después de casi medio siglo, si se adopta la tesis de que el PRI nada tiene que ver con el PNR y el PRM).

Tal inconformidad provendría de un efecto óptico y de la diversa naturaleza de los votantes por la continuidad y por el cambio. Aquellos, los que en el filo de la navaja prefirieran no entrar en terrenos desconocidos, tenderán a

militar en favor de su causa sólo ante las urnas, Ni antes ni después manifestarían sus preferencias. Su presencia electoral, por lo tanto, se haría menos visible en los espacios públicos que la de quienes sufraguen en favor de la oposición, como se ha percibido ya en elecciones estatales, como Guanajuato y Michoacán, por citar ejemplos donde los protagonistas son el PAN y el PRD.

Si la legalidad electoral vigente no cumple su cometido de impregnar el proceso de confiabilidad, y si el triunfo priista no se produjera en las condiciones aplastantes del pasado remoto (y no es probable que ocurra así), se generaría un efecto de mayorías visibles, capaces de expresar su inconformidad en las calles y de gestar un cuestionamiento político, si no también jurídico, a los resultados electorales.

No anuncio (y por supuesto no deseo) que ese panorama será el que necesariamente viviremos dentro de quince días, cuando haya transcurrido la jornada electoral. Digo: que es probable que la temida inestabilidad sea inevitable, cualquiera que sea el resultado, y que acaso debamos prepararnos para ella. Así ocurre en geología: periodos de fijeza de las capas que integran la corteza terrestre son seguidos de acomodados que son tanto más intensos cuanto más prolongados hayan sido los tiempos de la estabilidad.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

¿Inevitable inestabilidad?

Me temo que la inestabilidad, ese fantasma que suscita el conservadurismo electoral, es un resultado inevitable de la jornada electoral del 21 de agosto. Es decir, no se producirá sólo si triunfara un candidato de la oposición, sino también y acaso con énfasis mayor, si la victoria correspondiera al PRI.

La porción más activa, el sector participante de la sociedad mexicana parece enfrentarse a una disyuntiva sin salida fácil: por un lado, se ha extendido el consenso, o la sensación de que el sistema político dio ya de sí, y que debe dejar su sitio a uno nuevo regido por la verdadera contienda entre partidos. Pero, de otra parte, se extiende también el temor ante el cambio. Este último extremo está siendo alentado por la propaganda, tanto partidaria como de agrupaciones civiles, en favor del *statu quo*, de una conformidad que se expresa diciendo que más vale malo por conocido que bueno por conocer.

Me temo que la inestabilidad, ese fantasma que suscita el conservadurismo electoral, es un resultado inevitable de la jornada electoral del 21 de agosto. Es decir, no se producirá sólo si triunfara en la disputa presidencial un candidato de la oposición, sino también y acaso con énfasis mayor, si la victoria correspondiera al PRI.

Se conjeta, en efecto, que si el partido gubernamental es despedido del Poder Ejecutivo por los votantes, se generarán turbulencias suscitadas por el relevo mismo. En el caso de triunfo cardenista, se augura un panorama sombrío, concretado sobre todo en la fuga de capitales y el frenamiento de la actividad económica, con oscuras secuelas de descomposición social. El pronóstico ignora que los candidatos de la oposición han formulado ofertas creíbles que implican la continuidad inmediata del proyecto económico vigente ahora, aunque también han anunciado modulaciones que lo hagan menos gravoso para la sociedad. Y no tiene en cuenta, tampoco, tres factores relativos a la salida de dinero: primero, que buena parte del numérico que puede emigrar ya lo hizo en los meses recientes, hasta sumar más de un tercio de las reservas de comienzos del

año. Segundo, que el capital huido no tendría buen puerto dónde arribar, pues ya no existen paraísos financieros, y las inversiones se resuelven al son del mal menor, no eligiendo entre lo bueno y lo óptimo. Y tercero, que los capitales se sitúan no sólo en función de que dispongan de un régimen político que se les entregue, sino que también se retiran aunque haya gobiernos favorables al sector privado. Nadie tacharía de estatista al gobierno de Balladur, en Francia, y sin embargo la revista *Forbes*, muy influyente en el mundo financiero, está sugiriendo a los inversionistas que se vayan de ese país, no obstante su política neoliberal como la que más.

En sentido opuesto, puede suscitarse la paradoja de que los votos por la estabilidad redunden en lo contrario. Proponemos una hipótesis al respecto: puede conjetursarse, en efecto, que si el voto conservador se desliza hacia el PRI y éste triunfa, tal desenlace provocaría movilizaciones de descontento entre la población que haya sufragado en favor de un relevo después de 65 años (o si se quiere después de casi medio siglo, si se adopta la tesis de que el PRI nada tiene que ver con el PNR y el PRM).

Puede conjetursarse, en efecto, que si el voto conservador se desliza hacia el PRI y éste triunfa, tal desenlace provocaría movilizaciones de descontento entre la población que haya sufragado en favor de un relevo después de 65 años.

Tal inconformidad provendría de un efecto óptico y de la diversa naturaleza de los votantes por la continuidad y por el cambio. Aquellos, los que en el filo de la navaja prefirieran no entrar en terrenos desconocidos, tenderán a militar en favor de su causa sólo ante las urnas. Ni antes ni después manifestarían sus preferencias. Su presencia electoral, por lo tanto, se haría menos visible en los espacios públicos que la de quienes sufraguen en favor de la oposición, como se ha percibido ya en elecciones estatales, como Guanajuato y Michoacán, por citar ejemplos donde los protagonistas son el PAN y el PRD.

Si la legalidad electoral vigente no cumple su cometido de impregnar el proceso de confiabilidad, y si el triunfo priísta no se produjera en las condiciones aplastantes del pasado remoto (y no es probable que ocurra así), se generaría un efecto de mayorías visibles, capaces de expresar su inconformidad en las calles y de gestar un cuestionamiento político, si no también jurídico, a los resultados electorales.

No anuncio (y por supuesto no deseo) que ese panorama será el que necesariamente viviremos dentro de quince días, cuando haya transcurrido la jornada electoral. Digo que es probable que la temida inestabilidad sea inevitable, cualquiera que sea el resultado, y que acaso debamos prepararnos para ella. Así ocurre en geología: periodos de fijeza de las capas que integran la corteza terrestre son seguidos de acomodados que son tanto más intensos cuanto más prolongados hayan sido los tiempos de la estabilidad.

CAJÓN DE SASTRE

En una tosca actitud colonial, como si España no hubiera sido derrotada en la guerra de 1898, el diario madrileño *El País* (que imprime una edición local en México) se pregunta en su primera plana de ayer, con falsa generosidad "¿Qué puede hacer España por Cuba?" y en su cuarta página reitera con mayor crudeza la interrogación: "¿Qué hacer con Cuba?", como si se tratara de una provincia, como si existiera todavía el imperio perdido. Más todavía en esa edición, que ameritaría la intervención de la *Ombudsman* de los lectores de ese periódico: la noticia principal plantea el predicamento de un etarra condenado a más de mil años de prisión (en ese moderno y europeo país que es España): se ha convertido al pacifismo, pero no puede decirlo en público porque teme ser asesinado ¡y *El País* lo pone en el trance de que así sea al hacer pública una confidencia del arrepentido!